



ANTONIO HERMOSA ANDÚJAR, *De la política a la tiranía. Salustio, Lucano, Tácito*, Byron Books, Barcelona, 2023, 220 pp., ISBN: 978-84-126521-7-8

Un problema que surge de los conceptos es que, en tanto se encuentran, de una forma u otra, conectados al mundo contingente, estos quedan sujetos a interpretación. Por ello, quizá nos puede parecer extraña la tesis siguiente: la tiranía como antipolítica. ¿Acaso no se engloba la tiranía dentro de la política? ¿No cabría, más bien, considerarla como una forma de gobierno antidemocrática?

En su obra *De la política a la tiranía*, Antonio Hermosa Andújar, profesor emérito de la Universidad de Sevilla, nos propone la tesis anteriormente referida, tomando por caso la mutación al Imperio de la antigua República de Roma. Y, por si hubiese duda alguna, me refiero a ese período en el que la República, controlada por el Senado, fue desafiada, y derrotada, por un general romano cuya leyenda crecía a ritmos vertiginosos desde las Guerras de las Galias. Tras acabar con su rival Pompeyo, Julio César rompió el *statu quo* y puso la primera piedra de lo que, tras su muerte, sería el inicio del Imperio romano. Por lo que si retomamos la cuestión que nos plantea la tesis, podría surgirnos una nueva pregunta: si la tiranía es antipolítica, ¿acaso estuvo toda la vida del Imperio sin política alguna? Es aquí donde debemos detenernos a reflexionar en torno al concepto de política, pues quizá, en algún sentido sí que podríamos dar por válida tal afirmación. ¿Qué es la política? Una probable definición sería la aristotélica de “el asunto de la ciudad”, definición que, si bien discutible, puede llegar a ser objeto de consenso. La política, palabra griega que proviene de la ciudad-estado, posee hoy día muchas definiciones pero, si nos remitimos a dicho origen griego, debemos entender la política como todas aquellas actividades y cuestiones que surgen de la vida en sociedad y que, a su vez, están orientadas a esa misma vida común. Desde esta perspectiva, la tesis de Hermosa adquiere especial relevancia, ya que si la vida en sociedad puede decirse como tal, entonces nos resulta imposible no ver la política como una empresa común que debe involucrar y hacer partícipes a todos los miembros de la sociedad.

A lo largo de la historia, el ser humano ha asistido a un cambio continuo de las sociedades, de sus gentes, de sus políticas. Ha sido testigo de épocas de grandes florecimientos artísticos, filosóficos, científicos, etc., pero también de los grados más altos de barbarie. El proceso civilizatorio ha conllevado una enorme cantidad de sacrificio humano, y muchas veces esto no ha sido más que resultado de una *antipolítica* ejercida por un tirano. Quizá sea cierto aquello de “quien no conoce su historia está condenado a



repetirla”, porque, si observamos, apenas han sido los casos históricos que han adoptado la democracia y concebido la política, la vida común, como una empresa compartida por todos los ciudadanos. ¿De qué sirve ser ciudadano si no se es partícipe en lo político? Hermosa concibe la tiranía como la “tentación irresuelta de la política” (p. 22), cosa que nos lleva a reforzar esta concepción de la política como labor común, pero si examinamos el libro de la historia, esta concepción puede verse más fácilmente con el caso de la Primera Guerra Mundial.

El conflicto, se suele decir, estalló debido al asesinato del archiduque Fernando de Austria. Una de las cosas que más llama la atención es que, en el bando aliado, la mayoría de las potencias, aun siendo democracias, adoptaban la forma de imperios, cosa que nos lleva a preguntarnos hasta qué punto existía una participación real de la ciudadanía en la política. Pero, si tomamos el caso por antonomasia, tras el fin de la Gran Guerra, observamos que en Alemania se instauró la denominada República de Weimar, dando por finalizado el llamado Imperio alemán. Este mayor aperturismo político conllevó una mayor libertad para la ciudadanía, pero, repleta de enormes desafíos, la República de Weimar acabó siendo la antesala de uno de los episodios más crueles y tiránicos de la historia de la humanidad. Si en Roma la República se mostraba, progresivamente, incapaz de llevar un control efectivo del territorio, en Alemania la República afrontaba una enorme crisis económica. Los malos tiempos dan paso al escepticismo y la desafección política, por lo que quizá sean más proclives a resolver la tentación tiránica inherente a la política. César se erigió como el primer dictador romano, previa guerra civil, pero en Weimar no se dio tiro alguno y un nuevo canciller, democráticamente elegido, confeccionó y moldeó un país a su propio antojo. Adolf Hitler, al igual que César, calmó los estómagos de los alemanes, pues gracias a su programa de rearme, dinamizó la economía e hizo descender el paro. Es en este momento que ocurre lo que Hermosa expone mediante una alusión a Diderot: «tres tiranos buenos consecutivos provocarían en un pueblo la renuncia a su obligación de gobernarse» (p. 24).

En la época contemporánea asistimos de nuevo a lo vivido en la Antigua Roma y en la Alemania de Weimar. Quizá se repite porque, en nuestro caso, conocemos la historia en nuestra sociedad de la información, que no del conocimiento. Hermosa alude a la corrupción, tanto moral como legal, como principal motor de la tiranía y pone muy acertadamente de manifiesto cómo el paso lo dio una sola persona; nadie se antepuso. César tomó el poder a la fuerza y los posteriores emperadores fueron tales por la inercia de la historia, una inercia a la que nadie puso en medio obstáculo alguno. Esto nos lleva a cuestionarnos cómo, en un mundo como el actual donde las democracias se batan en retirada y disponemos de incontable conocimiento, surgen figuras autocráticas que apenas tienen algo que les sirva de contrapunto. ¿El motivo? La incipiente instrumentalización y mercantilización del aparato educativo ha logrado que, lejos de crear ciudadanos críticos y comprometidos con la causa política común, se refuerce la alienación de unas masas que, de forma acrítica, absorben como espectáculo aquello destinado a ser lo político, no logrando nunca escapar al servilismo vital en el que se encuentran sumergidas. Dicho de otra manera, que hombres como Donald Trump, principal arquitecto de la deriva autoritaria estadounidense, cuenten con legiones de seguidores que aceptan discursos estrafalarios y mentirosos, no es más que la consecuencia lógica de una constante histórica como es la *falsa conciencia* del pueblo.

Leyendo *De la política a la tiranía* nos damos cuenta de que la historia quizá no se repita de forma exacta pero sí en su esencia. Como bien apunta Hermosa, el paso a la tiranía suele ser de unos pocos a los que nadie se les ha antepuesto. Si la política concierne a todos, en tanto que refiere a los asuntos surgidos de la vida en común, entonces debe ser el pueblo quien se contraponga, de forma efectiva, a las instituciones para que ninguno de sus representantes cometa excesos. En momentos como los actuales se hace más necesaria que nunca dicha contraposición pues, tras las sucesivas crisis económicas y la fortaleza de ciertos países de marcado carácter autoritario, los ciudadanos hemos dado la democracia por supuesta, como si la historia fuese un mero *bestseller* y no un espejo en el que mirarnos. Por tanto, resulta imperativo crear una escuela crítica, limpia de toda ideología política, que nos permita cuestionar no sólo la realidad dada sino a nosotros mismos. Solo así podrá tener sentido la política.

José María Soto Pozuelo